

Para pensar la cultura en cubano

Iván Mora Domínguez

Oficina del Historiador de Camagüey

Apelo a la memoria: en la película de Fernando Pérez, *Martí el ojo del canario*, un pasaje me fascinó particularmente: el momento en que los muchachos —Martí entre ellos— niños, adolescentes apenas, discutían sobre democracia. Por supuesto, no supongo la clase del maestro Mendive como arquetípica del ambiente general en las escasas aulas de la Cuba colonial, pero me maravilló el reflejo de una época en que enseñar y aprender eran todavía medios para la iluminación y no simplemente vehículos de una mera instrucción técnica, a pesar de que ya la filosofía positivista y la segunda revolución industrial comenzaban a moldear el mundo en el culto a una forma de vida cuasi ingenieril y deshumanizada.

Pues hacia una educación armónica e integral va dirigido el excelente libro que es *Pensar la cultura en cubano*, compilado por Luis Álvarez Álvarez y Olga García Yero a partir de los resultados de un curso de posgrado impartido en la Fundación Alejo Carpentier. Como se declaran en el libro, «Necesitamos, ciertamente, una nación culta, pero para ello se precisa que también —y en primer término— dispongamos de una escuela y una universidad orientadas firmemente en un sentido cultural orgánico, en plena consonancia con lo mejor del pensamiento insular». Por eso creo que *Pensar la cultura en cubano* no es un libro cualquiera ni en su propósito ni en su contenido; resulta, me parece, una pieza importante en la cruzada por una «[...] necesaria, imprescindible, urgentísima lectura contemporánea del pensamiento cultural cubano».

[194]

Islas, núm. 191; UCLV, septiembre-diciembre de 2018.

<http://islas.uclv.edu.cu>

Para un lector rígidamente respetuoso de las fronteras disciplinares, donde incluyo aquella que separa arte y ciencia sobre la base de una oposición dicotómica entre objetividad y subjetividad, puede resultar desconcertante ver reunidos en un mismo compendio estudios sobre José Antonio Saco, Antonio Bachiller y Morales, Julian del Casal, Alejo Carpentier, José Lezama Lima y Reynaldo González; o consideraciones sobre el autonomismo, la narrativa cubana del siglo XIX, la ciudad, la música y la lectura. Acostumbrados por un sistema de conocimientos donde los objetos de estudio son ubicados casi de manera inapelable dentro de parcelas estancas, naturalizamos la separación entre sujeto escritor y sujeto político, por ejemplo; o entre temas «propios» de historiadores y otros supuestamente exclusivos de la literatura; y olvidamos de paso — sin malicia, es cierto, pero con el mismo efecto esterilizante — que temas y personajes aparentemente inconexos desde cierta óptica metodológica, en realidad forman parte de un mismo entramado cultural que otorga redondez a una realidad artificialmente fragmentada por envejecidos enfoques de los espacios académicos.

En primer lugar quiero entonces destacar que se trata de un libro que apunta al estudio de la cultura. Aquí deseo detenerme: mientras escribía estas líneas confieso que sentí la tentación de afirmar que estamos ante una visión antropológica del devenir nacional, pero en honor a la verdad una aseveración de esa naturaleza hubiera resultado demasiado encorsetada y reñiría con la propia realidad mostrada en el libro: por el contrario se nos ofrece un compendio culturológico, *rara avis* dentro de la producción de las ciencias sociales y humanísticas cubanas, y por demás bajo el signo de un concepto cultura de tipo semiótico que lamento decir no es habitual entre nosotros, pues me parece todavía oscilamos entre la formulación clásica tyloriana o aquella interpretativa que en su momento formuló Clifford Geertz, lo cual hace pensar que en la academia cubana la investigación cultural no ha salido de los marcos de la antropología todavía marcada por el positivismo.

La antropología como disciplina científica ciertamente se vertebró alrededor del concepto cultura al que sin dudas hegemonizó, más la propia complejidad formal de esta noción y sus múltiples modos de objetivarse desde décadas convirtió a

la cultura en objeto de interés de la historia, la sociología, los estudios sobre literatura y arte, la psicología social, los estudios de recepción y tantas otras disciplinas que gravitaron hacia ese universo complejo, pero necesario de la culturología. Sobre esta base polifónica invito a meditar en el contenido de este libro donde vemos analizar en su devenir y diferentes modos de tratarlos las concepciones de nación, cultura, memoria cultural; y sobre todo apreciaremos el ejercicio autoral de manejarlos con afilado tino, tanto por los compiladores como por los autores en particular, a fin de trazar una imagen apasionante del pensamiento cultural de la patria. En este sentido recomiendo por rica la lectura de «Cultura y nación en José Martí» y «Antonio Bachiller y Morales y la memoria cultural de la nación», de Luis Álvarez Álvarez y Olga García Yero, respectivamente.

Se trata de un libro temerario dentro del panorama intelectual cubano porque apela sin remilgos a una concepción de la cultura que reconoce los aportes de diversas disciplinas independientes y al mismo tiempo apela a la porosidad de las fronteras disciplinares. Sobre este punto llamo la atención por su propia dificultad: ¿cuántas veces leemos términos pomposos como interdisciplinariedad, transdisciplinariedad y otros engolados esfuerzos terminológicos para definir un horizonte que al final permanece como anhelado, pero pocas veces alcanzado? La profundidad investigativa en los diferentes campos científicos genera fronteras, pero la clave está, creo, en distinguir entre los límites trazados, a veces dogmáticamente, por nuestra formación académica y diferenciarlos de aquellas demarcaciones que son propias del campo en sí y, al mismo tiempo, conservar una dialéctica disposición de transformar métodos y concepciones, algo distinto a mimetizar lo extranjero en busca de una supuesta actualización a toda cosa, que en el fondo termina por alejarnos de las esencias nacionales y nos deja varados en la triste posición de mascarar metalenguajes importados.

Por esto disfruté leer *Pensar la cultura en cubano*, pues en sus artículos, derivados de un diálogo de especialistas cobijado por la Fundación Carpentier, se puede reconocer el trasfondo académico, los saberes incorporados, las habilidades inseparables de los autores que, sin renegar de todo eso y sin adoptar una falsa pose de pancientificidad exhiben el propósito — mejor expresada en algunos de los autores incluidos que en otros — de aprehender

la complejidad y riqueza del pensamiento cultural cubano, tan poco atendido en las últimas décadas.

Pensar la cultura en cubano compone, además, un homenaje y un recordatorio a los orígenes del pensamiento cultural nacional. Al mismo tiempo, el libro en su conjunto subraya parte de los antecedentes —en los dos siglos pasados inmediatos— de algunas de las disciplinas sociales y humanísticas presentes en el panorama científico cubano actual. Por ello, la lectura de los escritos antes mencionados a los que agregaría «José Antonio Saco y la difícil concepción del etnos nacional», de Armando Juan Raggi Rodríguez y «Narrar la ciudad del siglo XIX: valoraciones al margen de textos de viajeros y turistas», de Patricia Quintana Lantigua, miradas necesarias que nos sitúan en un contexto intelectual subvalorado muchas veces por algunas historias de la antropología, la sociología o la propia historia, cuyo principio y sentido se insiste en ubicar en Europa y Norteamérica.

Es cierto que resulta sorprendente hablar de sociología o antropología en Cuba durante el siglo XIX, máxime cuando en Occidente se asiste a un incipiente proceso de profesionalización e institucionalización de las mismas, pero es imposible obviar que autores como Saco, Bachiller y Morales, Martí, entre otros, realizaron verdaderos esfuerzos sociológicos y antropológicos de referencia obligada para entender las reflexiones sobre la cultura nacional. El problema, quizás, es que en nuestros propios programas académicos el estudio de la cultura se asume de forma más o menos explícita como limitado históricamente a circuitos de producción científica de Europa o Estados Unidos, lo que deja a los autores cubanos *cuando menos como simples espectadores*, salvo la honrosa excepción de Fernando Ortiz, quien por la grandeza de sus aportes y el reconocimiento del propio Malinowski no puede situarse en segunda fila. De ahí que a *Pensar la cultura en cubano* y a la Fundación que lo propició y respaldó deben reconocérseles el esfuerzo fecundo por contribuir a restaurar la importancia de nuestro pensamiento cultural.

Temas y personalidades diferentes se despliegan en el libro para acercarnos a la historia nacional desde un modo de específico de hacer y pensar, que, como reconoce la Dra. Graziella Pogolotti en su breve pero muy preciso prólogo, hay que calificar directamente como «territorio descuidado» en nuestro presente

insular, donde estamos obligados a retomar las fuertes raíces del pensamiento cultural nacional, a menos que aceptemos convertirnos, una vez más, pero tal vez definitiva, en simples espectadores del análisis de nuestro presente.

Provocador —sobre todo para ortodoxos historiadores— se me antoja el texto «Reynaldo González ante el siglo XIX cubano», de Olga García Yero, por su doble ejercicio interpretativo (la autora interpreta lo que el escritor dilucida sobre la más compleja etapa de la historiografía nacional); igualmente necesario resulta el texto «La cultura hispana en el autonomismo de Cuba», que busca, lejos de un fatal dogmatismo, restituir la escala de grises en la visión de un movimiento tradicionalmente abordado en su cualidad política sin tener en cuenta sus múltiples aristas de otro tipo, en particular ideológicas y culturales; también es muy esclarecedor el ensayo «El otro Julián del Casal», de Yuri Rodríguez González, para equilibrar el análisis histórico de una figura unipolar en su tradicional manera de verse; considero ahondadores los textos «Ideas sobre la cultura latinoamericana en el epistolario de Carpentier», «Acotaciones a la música en Cuba» y «Carpentier y la cultura de Haití», respectivamente de las investigadoras Marilé Ruiz Prado, Margarita Pearce Pérez y Claudia Bibiana Benítez Gómez, quienes se enfrentan a uno de los grandes hombres que en Cuba han desarrollado un pensamiento cultural, hasta ahora sin estudiar; y por último me resultó inspirador el ensayo «Leer América, leer Cuba», de Luis Álvarez, sobre todo porque al retomar el tema de la lectura que ya se ha abordado desde la perspectiva de la Nueva Historia Cultural, su texto confirma la posibilidad de trabajar temáticas universales dentro de la mejor tradición del pensamiento cultural nacional.

Pensar la cultura en cubano de Luis Álvarez Álvarez y Olga García Yero, resultado, como mencioné al principio, de un curso de posgrado ofrecido por la Fundación Alejo Carpentier, permite que firmas reconocidas de nuestro panorama intelectual compartan espacio con jóvenes que seguramente pugnan por abrirse camino, en un diálogo que envidio, porque supongo que así debió de ser ese curso: una conversación sobre Cuba. Me imagino que a sus profesores les haya sido difícil el acto de compilar debido a la calidad de ese encuentro y la motivación que provocó. No recuerdo libros organizados a partir de traba-

[198]

Islas, núm. 191; UCLV, septiembre-diciembre de 2018.

<http://islas.uclv.edu.cu>

jos de posgrado. Pienso que la institución auspiciadora debió de tener también una gran parte en el impulso que recibieron los participantes.

Pensar la cultura en cubano, repito, no es un libro cualquiera: es una exhortación que junto con Kant parece decirnos: «¡Ten valor de servirte de tu propio entendimiento!».

Muchas gracias.